

comitiva de damas llevando cirios, nos acompañó hasta nuestro alojamiento.

El día dos de Septiembre á las cuatro de la mañana salimos de Tulancingo, y después de caminar todo el día, llegamos á las once de la noche á Texcoco, allí nos esperaba ya la flotilla de canoas que nos condujo á México, donde llegamos á las cinco de la mañana del tres, dirigiéndonos enseguida á Palacio, mientras dormían aún los habitantes de la capital. Sólo el pabellón Imperial que flotó algunas horas después en Palacio, les hizo saber que el soberano se encontraba de nuevo en ciudad.

CAPÍTULO XI

Viajes á pie á Chapultepec. — Visitas á las oficinas públicas. — La escuela de bellas artes. — Sus profesores. — Proyectos de embellecimiento de la ciudad. — Visitas nocturnas á la cárcel y á las panaderías. — Complot para asesinar á Maximiliano y á Carlota. — Fusilamiento del coronel Carlos García Cano. — Un dieciséis de septiembre bajo el régimen imperial.

Pocos días después de nuestro regreso á México, volvimos á instalarnos en Chapultepec y la vida oficial siguió enteramente lo mismo que antes de nuestra partida.

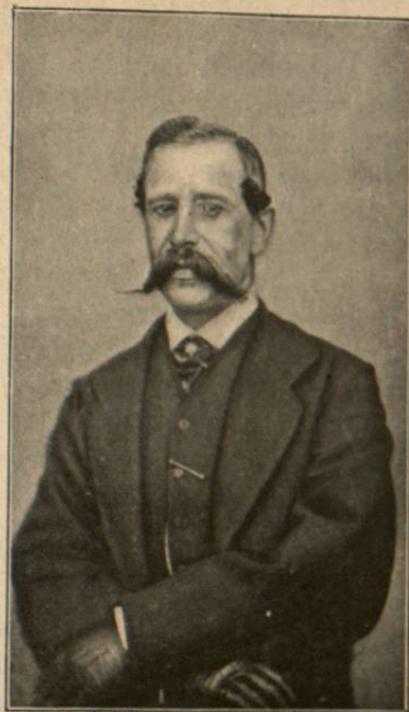
Alguna que otra mañana fresca del otoño, la Emperatriz nos acompañaba en los paseos á caballo por el bosque, llevando siempre en su compañía á sus damas de honor, la Sra. de Pacheco y la Srta. Varela; pero con mucha frecuencia, este acompañamiento era muy corto, pues después de algunos minutos de plática con el Emperador y sus ayudantes, la Soberana seguía distinto camino, dejándonos en absoluta libertad de seguir el que Maximiliano designaba.

Algunas veces, cuando las labores oficiales en Palacio no permitían á S. M. ir á comer á Chapultepec, hacíamos por la tarde el viaje á pie hasta el alcázar, aprovechando entonces el Emperador esos paseos para inspeccionar los trabajos de la nueva calzada y dictar algunas órdenes. Otros días, cuando el Emperador llegaba temprano á México, ocurriásele visitar tal ó cual oficina ó ministerio, para darse cuenta si los empleados cumplían ó no con sus labores. Entraba pues á visitar, desde las secciones más ínfimas hasta el Gabinete del Ministro y deteniéndose pieza por pieza y oficina por oficina, en todas y cada una de ellas, se informaba con cada uno de los empleados, del género de trabajo que tenían, del sueldo que disfrutaban, etc. Cuando encontraba á los empleados charlando, fumando, ó leyendo periódicos, cosas muy frecuentes entre oficinistas, hablaba aparte con el jefe de la oficina y le recomendaba que presentara un informe, respecto á la conducta y labores de cada empleado, advirtiéndole que los que no cumpliesen debían ser substituídos por otros más laboriosos.

Ocurriósele en esos días también hacer una visita á la Academia de San Carlos (actualmente Escuela Nacional de Bellas Artes), y en esa visita elogió mucho los trabajos del artista mexicano Reboull, los del escultor Noreña y los del arquitecto Rodríguez, manifestando desde luego el deseo que tenía de protegerlos y de darles á ganar dinero y gloria.

Ordenó desde luego á Reboull que hiciera un retrato

ecuestre de su persona y otro de pie llevando al hombro el manto imperial y vestido de general mexicano.



Coronel Feliciano Rodríguez
Ayudante de campo y caballerizo mayor del Emperador

Á Noreña, le encargó vaciara en barro, para después hacerlo en yeso y luego en bronce dos bustos : uno del

Emperador y otro de la Emperatriz; y al arquitecto Rodríguez, lo citó á Palacio, para hablar extensamente con él sobre varios proyectos para embellecer la ciudad, siendo uno de los más grandes, un monumento á la Independencia que había de levantarse en el centro de la plaza de armas. El modelo que para este monumento hizo el arquitecto Rodríguez, debe conservarse en alguna Secretaría de Estado.

Consistía este monumento en una alta columna de mármol blanco, teniendo en su remate el águila imperial, con la víbora en el pico y posada sobre un nopal. En el pedestal de la columna, deberían figurar en artísticos grupos, todos los héroes principales de la independencia, estando cercada la columna por una bellísima balaustrada de mármol, blanco también.

Otro de los grandes proyectos de Maximiliano, era la reforma completa de la fachada del Palacio imperial; este proyecto tenía por objeto dar al Palacio un aspecto muy semejante al de las Tullerías.

Por último el tercer proyecto grandioso para embellecer la capital, era el de ampliar las calles de Plateros y San Francisco, para hacer una avenida, como la que en la actualidad lleva el nombre de Cinco de Mayo. Esta avenida soñada por el Emperador, debería parecerse, según él quería, á la de los Tilos de Berlín ó á cualquiera de los hermosos boulevares de París.

Deseando en todo reprimir los abusos que se le denunciaban, quiso una noche visitar la prisión, y al efecto nos ordenó á Feliciano Rodríguez, á un oficial de ór-

denes y á mí, que lo acompañáramos. Conducidos por el alcaide de la prisión, recorrimos esa noche, todas las galeras de presos, los dormitorios y los calabozos, interesándose Maximiliano por todos y cada uno de los delincuentes, interrogando á algunos de cuando en cuando, y manifestándoles su deseo de que cuando salieran de la prisión no reincidieran en el crimen, sino que se dedicaran á una vida de honradez y de labor. Felizmente no tuvo el Emperador queja alguna del régimen interior de la prisión, pues todo lo encontró en el más perfecto orden. Á los delincuentes allí encerrados, debe haberles parecido aquello una aparición del otro mundo, pues ninguno de ellos tenía noticia de la visita, y se levantaban de sus miserables lechos esperezándose y abriendo grandes ojos ante la majestuosa y noble figura del Soberano, que, á la macilenta luz de los faroles, pasaba por aquellos horribles lugares, como el Dante por los círculos del Infierno. Antes de abandonar la cárcel, Su Majestad se detuvo todavía algún tiempo en la alcaidía, para informarse de la alimentación que se daba á los presos, y al despedirse del alcaide, le ordenó se diera al día siguiente á cada preso, cierta cantidad de dinero, que le recordase el paso del Soberano por aquella mansión del crimen.

Algunas noches después, se le ocurrió á S. M. visitar las panaderías de la ciudad pues había llegado á sus oídos la versión de que los operarios de ellas eran tratados como esclavos, y deseando cerciorarse de lo que pudiera haber de cierto, ordenó al coronel Feliciano

Rodríguez y á mí que lo acompañáramos. Llamamos á algunas puertas, y cuando decíamos que era el Emperador el que se encontraba allí, pues deseaba visitar la panadería, los de adentro, muy mal humorados nos contestaban :

« ¡ Qué Emperador ni qué demonios ! vayan ustedes á divertirse á otra parte si no quieren que llamemos á la policía, para que con todo y Emperador vayan á dormir á la cárcel ».

Por fin, después de haber llamado sin éxito alguno, á muchas panaderías, conseguimos que nos abrieran en una, situada en San Fernando. Allí se enseñó al Soberano la manera como trabajaban los operarios y se le manifestó delante de ellos que todos estaban voluntariamente, se le dieron todos los detalles que pidió y S. M. quedó muy satisfecho al ver cuánto había de calumnioso en lo que se le había referido. Dió antes de despedirse un peso á cada operario, y las gracias á los empleados de la panadería, que eran españoles, y éstos manifestaron á su vez sus respetos al Soberano.

Estas visitas nocturnas, que como se ve tenían por objeto cerciorarse por sí mismo si eran ciertos los abusos que se le denunciaban, si bien eran elogiadas por unos cuantos, eran más bien censuradas por la mayoría, pues decían los censores, ¿ qué clase de gobernante era ese que quería saberlo todo por sí mismo, teniendo como tenía tanto subalterno que hubiera podido informarle ampliamente de lo que deseara saber ? ¿ No daba con eso, una prueba palpable de la poca ó

ninguna confianza que tenía en sus subordinados ? ¿ No se exponía á pasar por un farsante como había sucedido en las primeras panaderías donde se había presentado ? ¿ No era este monarca semejante al califa Haroun Al Raschid, que se pasaba las noches recorriendo las calles con el exclusivo fin de indagar vidas ajenas y cosas que nada le importaban en su buena ciudad de Bagdad ?

Á esas murmuraciones vino á agregarse por aquellos días un trágico suceso.

El coronel Carlos García Cano, que tan pronto había estado sirviendo al Imperio como á los liberales, fué hecho prisionero por las tropas francesas y entre sus papeles se le encontró un documento en que se hacía mención de un complot urdido para asesinar al Emperador y á la Emperatriz. García Cano fué juzgado por la corte marcial y sentenciado á muerte.

Yo conocí bastante á Cano desde antes de la llegada de los franceses á la capital ; era un guapo mozo, de arrogante figura, valiente, pero de carácter versátil. Estaba recién casado con una hermosa joven mexicana y en la época en que fué hecho prisionero, tenía ya un chiquillo de corta edad.

Desde antes de que la corte marcial pronunciara su tremendo fallo, ya éste era conocido en público, pues el delito en que Cano había incurrido hacía suponer indudablemente que sería pasado por las armas.

Así pues la joven esposa de Cano, desde antes de que la corte fallara, acudía diariamente á Palacio, á Chapulte-

pec y á todos los lugares donde podía ver á Maximiliano, y éste le había dicho que no tocaba á él sino á la corte marcial fallar en este asunto. Cuando la decisión del tribunal militar fué conocida, la desventurada esposa del sentenciado á muerte se dirigió á Palacio y arrojándose á los pies del Emperador le suplicó que revocara la sentencia; pero Maximiliano inflexible hizo que la retiraran y que no se le permitiera la entrada en lo sucesivo, pero tal orden no podía ser acatada por los criados, porque la Sra. de Cano, con la fuerza de voluntad que dan los grandes dolores, atropellaba á todo el mundo y llegaba hasta mi pieza, donde yo trataba de consolarla, y de darle alguna esperanza, indicándole qué personas podrían influir en el ánimo de Maximiliano, la hora en que salíamos de Chapultepec y veníamos á México, para que al paso del carruaje, arrojara su petición firmada por las personas que yo le indicaba.

Dos días antes de ser fusilado el coronel, la infeliz señora, se situó en la calzada de la Verónica y tan pronto como vió venir el carruaje imperial, se arrojó al suelo, gritando que no se levantaría de allí, hasta no conseguir el perdón de su esposo. El paje que venía en el pescante del coche bajó y dió aviso por la portezuela al Emperador de lo que acontecía. Entonces éste, ordenó que retrocediese el carruaje y que á todo galope tomase por la calzada de arcos de Tacubaya. Al día siguiente García Cano fué pasado por las armas, y desde entonces nunca volví á saber el paradero de su infortunada viuda. Po-

cos días después de este suceso regresó á México, el consejero don Félix Eloin, que se encontraba en Europa é inmediatamente volvió á hacerse cargo del gabinete civil del Emperador y á recobrar su antigua influencia. El comandante Loysel continuó como jefe del gabinete militar, y cuando Eloin supo el cambio tan favorable que se había operado en mi posición, me felicitó cordialmente y muchas veces fuí después intermediario de órdenes verbales de interés entre Su Majestad y el citado consejero.

El día cuatro de septiembre, se verificó en el Palacio imperial un gran concierto en el que tomaron parte los artistas de ópera italiana que se encontraban en México y se desplegó todo el lujo y las magnificencias acostumbradas en todas las fiestas del Imperio.

Llegó el día dieciséis del mismo mes, primer aniversario de la Independencia que pasaban en México los soberanos, pues el año anterior (primero del Imperio) el Emperador se encontraba viajando y el día 16, lo había pasado en el pueblo de Dolores Hidalgo.

Con el entusiasmo de todos los años, con la vehemencia de costumbre el pueblo mexicano acudió esa noche á la plaza de armas, para gritar vivas á la Independencia de México, cuando, ¡oh ironía! México estaba gobernado por un monarca extranjero. Á la madrugada del 16, las salvas de artillería, los repiques, las bandas militares y los cohetes, que atronaban el aire, anunciaban al pueblo mexicano que éste celebraba su Independencia, bajo el gobierno de un príncipe austriaco.

Á las nueve de la mañana, se dirigieron Sus Majestades á la catedral en la carroza de lujo y en medio de la valla, que del Palacio á la basílica formaba la guardia palatina. Después del *Te Deum*, los Soberanos recibieron en el salón de Embajadores á todos los altos funcionarios de la corte, al cuerpo diplomático, á los miembros del ayuntamiento de la ciudad y á los notables. El Emperador vestía, aquella mañana, uniforme de general mexicano luciendo al pecho las grandes cruces del Águila Mexicana, de Guadalupe y del Toisón de oro. La Emperatriz vestía de blanco y llevaba riquísimas joyas.

Después de las felicitaciones, el Emperador montó á caballo y escoltado por su brillante Estado Mayor y por un cortejo de generales y jefes de alta graduación, pasó revista á todas las tropas de la guarnición, que se encontraban tendidas desde la Alameda hasta la Garita de la Piedad. Después de la revista, regresó con su brillante séquito á Palacio, pasando á todo galope por las calles de Plateros y de San Francisco, donde una multitud entusiasmada lo aclamaba.

Al llegar á la Plaza de armas, el Emperador y los que lo acompañaban se situaron frente á la puerta central del Palacio, desde donde presenciaron el desfile de la columna. En los balcones se encontraban la Emperatriz, sus damas de honor, los chambelanes y los altos dignatarios de la corte. En la columna militar, las tropas mexicanas ocupaban el primer lugar, venían enseguida las francesas, después las austriacas, y por últi-

mo las belgas. Al pasar los húsares austriacos, al mando del coronel Kodolich, estos soldados que adoraban al Emperador, además de presentar sus sables al pasar frente á él, lanzaban entusiastas vivas al Kaiser Max.

Por la tarde, se sirvió en Palacio una gran comida á la que asistieron el Mariscal Bazaine, los miembros del cuerpo diplomático, los generales y principales jefes del ejército y los altos funcionarios de la corte.

Por la noche se iluminó profusamente toda la ciudad, se quemaron unos fuegos artificiales vistosísimos y hubo gran serenata frente al Palacio Imperial.

Así celebraron el gobierno imperial y los habitantes de la Ciudad de México, el quincuagésimo quinto aniversario de la Independencia, el día 16 de Septiembre de 1865.

CAPÍTULO XII

El trágico mes de Octubre de 1865.— El decreto del día tres.
— Fusilamiento de los generales Arteaga y Salazar. —
Proyecto de viaje á Yucatan. — Canje de prisioneros belgas.
— Desiste el Emperador del viaje. — Celebración del santo
de la Emperatriz. — Representación teatral en Palacio. —
Parte Su Majestad Carlota para la península yucateca.

Fué el mes de Octubre de 1865 de nefasta memoria para el imperio mexicano; el día tres se promulgó el famoso decreto que sirvió de pretexto al consejo de guerra que en Querétaro, había de sentenciar dos años más tarde al Emperador á la pena de muerte.

Sentencia que fué pronunciada el día trece de Junio del año de 1867, habiendo influido mucho en el ánimo de Maximiliano, que hubiera sido en día trece, cuando se le condenara á muerte.

El Sr. conde de Keratry, dice en su obra, que la minuta de este decreto fué escrita de puño y letra del Emperador, que éste la meditó algún tiempo y que enseguida la sometió á la aprobación de su Consejo.

El Sr. conde de Keratry está equivocado á ese respecto, pues la minuta fué escrita por uno de los empleados del Ministerio de la Guerra, en un pliego grande de papel del que se denomina de oficio, doblado á la mitad. En el lado derecho, está el decreto primitivo, en el izquierdo las modificaciones que se le hicieron y en algunas hojas sueltas, adiciones hechas con lápiz rojo; lo único que esta minuta tiene de puño y letra de Maximiliano es la M inicial que usaba, con la media rúbrica, en todos los borradores de documentos que aprobaba.

Sigue diciendo el conde de Keratry, que Bazaine no tuvo participación alguna en la promulgación de este decreto, y que no lo conoció sino cuando ya estaba redactado. Efectivamente, Bazaine fué llamado á Palacio el día dos y el Emperador le leyó el decreto; entonces el Mariscal se limitó á pedir que se le agregara la pena contra los hacendados que se hicieran cómplices de los liberales; y éste fué el artículo diez del nefasto decreto.

Pero esto prueba precisamente que el decreto había sido ya discutido entre el Mariscal y el Emperador y que al hacerlo conocer Maximiliano á Bazaine en su forma definitiva, éste de antemano conocía ya la esencia de él.

En los últimos días de Septiembre de 1865, el Estado Mayor del cuerpo expedicionario envió una nota al Gabinete del Emperador, haciéndole saber que Bazaine había recibido un telegrama del General Brincourt, en

el que se decía que el Presidente Juárez había abandonado el territorio mexicano atravesando la frontera en Paso del Norte.

La noticia llenó de gozo naturalmente al Emperador, pues el abandono de la tierra mexicana, parecía poner fin á toda resistencia contra el Imperio y éste sería reconocido ya por todas las Potencias, comenzando por la poderosísima vecina del Norte.

En su alegría, efímera, el Emperador dirigió á la Nación un manifiesto que comenzaba así :

MEXICANOS

La causa sostenida con tanto valor y constancia por Don Benito Juárez, había ya sucumbido no solamente ante la voluntad nacional, sino ante la ley misma que este Jefe invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy esta causa, degenerada en facción, ha quedado abandonada por e hecho de la salida de su Jefe del territorio de la patria.

Seguía el manifiesto expresando que solamente algunos jefes, extraviados por las pasiones y una soldadesca desenfrenada, sostenían el desorden en el país y que el Gobierno sería, en lo sucesivo, inflexible para el castigo de esa soldadesca, si continuaba en el desorden.

A este manifiesto se siguió la publicación del famoso decreto, sentenciando á la pena capital á todos aquellos que fuesen cogidos con las armas en la mano ó que

estuviesen convictos de pertenecer á alguna banda armada.

No obstante esta tremenda determinación, al final del decreto se concedía plena y entera amnistía á todos los que depusieran las armas y se presentasen antes del quince de Noviembre, fecha que se prorrogó hasta el primero de Diciembre.

El soñador archiduque, creyó lealmente que aquel decreto sería el lazo de unión entre todos los mexicanos y el término de una guerra que tanta sangre costaba ya.

Todo lo hacía suponer así efectivamente, pues teniendo en cuenta, como se tenía, que Juárez había salido ya del territorio mexicano, no quedaba más recurso á los jefes liberales que someterse al Imperio. Maximiliano creía ingenuamente que con ese decreto se atraería á Riva Palacios y á otros muchos jefes como éste, que eran la honra y prez del partido liberal y suponía también que éstos le ayudarían á gobernar con su prestigio, y con sus conocimientos tan vastos del país y de sus gentes.

La gran ilusión del Emperador era poder hablar con Juárez, atraerlo á su causa, hacerlo su primer ministro, y ayudado por él, y ya libres de la intervención francesa, gobernar sabiamente el Imperio, é inaugurar una era de paz, de progreso y de bienestar en todo el país.

Pero todas estas ilusiones de Maximiliano partían de una creencia falsa, cual era la de suponer que Juárez

rez, desencantado ya, había salido del territorio mexicano. Se promulgó pues el nefasto decreto, y se repartió por todo el país no siendo responsables de sus consecuencias solamente el Emperador, sino todos los que lo firmaron y que fueron: Don Fernando Ramírez, ministro de Relaciones; Don Luis Robles Pezuela, ministro de Fomento; Don José María Esteva, ministro de Gobernación; Don Juan de Dios Peza ministro de la Guerra; Don Pedro Escudero, ministro de Justicia; Don Manuel Siliceo, ministro de Instrucción pública y Don Francisco de P. César subsecretario de Hacienda.

Como era de esperarse este funesto decreto, no hizo más que reavivar con mayor furor la lucha fratricida que ya tenía diezmado al país.

Los primeros jefes de importancia víctimas de él fueron los generales liberales Arteaga y Salazar, hechos prisioneros el día trece de Octubre por el coro del imperialista Ramón Méndez, en Santa Ana Amatlán.

Los trescientos prisioneros que Méndez hizo con Salazar y Arteaga, fueron enviados al Norte y los dos jefes citados á Uruapan, lugar en que el jefe imperialista los fusiló, precisamente en el mismo punto donde ellos habían fusilado, cuatro meses antes, al comandante Lemus y al subprefecto Isidro Páez.

Esta ejecución sumaria causó grande excitación, pues todo fué irregular, porque se aplicó el decreto sin haber sido ni siquiera conocido en esa localidad y sin atender al plazo que se concedía para la amnistía.

Maximiliano, que como ya he dicho, era muy versátil

y no tenía ideas fijas casi nunca, al saber aquella ejecución ordenó que en lo sucesivo, siempre que se tratara de ejecuciones de algún jefe de importancia se le consultara antes de efectuarlas.

Maximiliano era demasiado bondadoso, pues Juárez, cuando promulgó su famosa ley de 25 de Enero de 1862, no demostró tanta bondad. Esa ley, el pueblo la bautizó con el lúgubre título de Ley Mortuoria. Y como se sabe, ocasionó el fusilamiento de Don Manuel Robles Pezuela, efectuado en Chalchicomula en marzo de ese año.

Y mientras la situación se complicaba más y más en el país, Maximiliano proyectaba un viaje á Yucatán, habiendo demostrado mucho entusiasmo por conocer esa península.

Ya estaban las órdenes extendidas y hechos casi todos los preparativos; fijado el día de la salida y designadas las personas que debían acompañarle; impreso el reglamento relativo á trajes, distribución del personal en los carruajes y buques, etc.

Yo, como todos los que no conocíamos la península, estábamos muy entusiasmados porque llegara el día fijado para la salida, pero éste se difirió á causa de nuevas complicaciones que surgieron.

Por esos días el Gral. Riva Palacios dió una prueba más de la caballería que siempre le fué reconocida hasta por sus mismos enemigos.

Tenía este jefe ciento ochenta y siete prisioneros belgas, cogidos en el combate de Tacámbaro y comprendiendo que tan luego como se conociera en todo

el país, el funesto decreto del tres de Octubre, las represalias habían de ser terribles, en el acto trató de canjear los prisioneros, salvando así la vida á cuatrocientos hombres entre jefes, oficiales y soldados belgas y mexicanos.

Después de varias juntas del Consejo de Estado y de los ministros, el Emperador, en vista de la crítica situación porque atravesaba el país, renunció por fin al tan deseado viaje á Yucatán, pues al alejarse el soberano del centro del Imperio, y embarcarse, daba lugar á que nacieran las dudas y las desconfianzas, porque todo el mundo creería que al dirigirse hacia la costa era con el fin de poderse ir á Europa, si se agravaba la situación de su gobierno.

Decidió pues que ese viaje lo haría la Emperatriz acompañada por el ministro de Estado Don Fernando Ramírez, por el General Uruga, encargado del mando de la expedición; por el consejero Eloin, por el Gran Chambelán de la Emperatriz, Sr Conde del Valle; por el primer secretario de ceremonias Don Pedro Celestino Negrete; por el teniente coronel Don Rodolfo Günner, oficial de la Guardia Palatina, más un capellán de la corte, un médico, un oficial de órdenes, un empleado del gabinete, las dos damas de honor, Sra. Pacheco y Srta. Varela y un verdadero ejército de criados.

Se ofrecieron además á acompañar á la Emperatriz, los ministros de España y de Bélgica, habiéndose fijado para la salida de México el día seis de Noviembre, celebrándose antes el día cuatro con gran pompa, el santo de Su Majestad Carlota.

En ese día además de la recepción oficial, que se efectuó en el Salón de Embajadores, se reunieron en el patio principal de Palacio dos mil indígenas de los alrededores, á quienes el Emperador y la Emperatriz en persona distribuyeron medallas de plata que tenían en el anverso la imagen de la Virgen de Guadalupe y en el reverso los bustos de los soberanos. Por la tarde se sirvió una gran comida en palacio y por la noche se representó por primera vez ante Sus Majestades y en un salón que se había improvisado para teatro, el más popular drama de Don José Zorrilla, dirigido por el autor personalmente. Excuso decir que el drama de que se trata fué Don Juan Tenorio, que estuvo desempeñado por una compañía dramática que actuaba en el Teatro Principal.

Después de la representación de la pieza teatral, los actores y las actrices que habían tomado parte en ella, salieron, rodeando al poeta y llevando en las manos ramilletes de pensamientos, figurando una corona muy vistosa. Enseguida el mismo poeta recitó con la elegancia que lo caracterizaba en el decir, una composición, que llamó Corona de Pensamientos y que dedicaba á Su Majestad la Emperatriz Carlota.

Dos días después, salía ésta de México acompañada del numeroso séquito ya mencionado; el Emperador la acompañó en carruaje hasta Ayotla, de donde regresó para la Capital, siguiendo Carlota por Puebla, á cuya ciudad llegó el día siete por la noche. Descansó un día en Puebla y al siguiente partió para Orizaba, alojándose

en la casa de los Sres. Bringas, donde también tomó algún reposo y después continuó su camino para Veracruz, llegando el día veinte. Inútil me parece decir que por doquiera fué recibida la soberana con manifestaciones de entusiasmo mayores que las que había recibido cuando su entrada al país. En Veracruz, los artesanos y obreros del puerto y del ferrocarril, habían preparado un carro triunfal, en el que ella muy gustosa tomó asiento y así entró á la ciudad.

Antes de su embarque fué obsequiada con dos bailes, uno en el Casino español y otro en la Lonja Veracruzana.

Por la mañana del día designado para el embarque, más de sesenta lanchas empavesadas y vistosamente adornadas, conduciendo á lo más granado de la sociedad veracruzana, escoltaron hasta el buque la lancha imperial. Y mientras los cañones del fuerte de San Juan de Ulúa y de los baluartes de Santiago y de la Concepción disparaban salvas de ciento un cañonazos, los buques anclados en la bahía, saludaban con sus grandes banderas que flotaban acariciadas por la brisa fresca del mar y contestaban con su artillería las salvas de los fuertes.

No queriendo la Emperatriz viajar en buque que no fuera mexicano, se embarcó con una corta parte de su séquito en el « Tabasco », pequeño barco de pésimo andar ; en cambio el resto del cortejo se embarcó en la magnífica corbeta austriaca Dandolo, que escoltaba al Tabasco. El Dandolo, con la Novara, eran los buques

que Maximiliano prefería para sus viajes por mar.

Después de dos días de pesada navegación, llegaron los viajeros al puerto de Sisal, donde desembarcaron entre las delirantes aclamaciones de los habitantes. Mientras tanto, el Emperador seguía en Palacio y en Chapultepec su vida de trabajo y paseos ; notándose sin embargo que algo faltaba, algo que daba alegría al alcázar y al palacio Imperial y que era no sólo Su Majestad Carlota, sino también todo el elemento femenino que la rodeaba. Las comidas que ella animaba tanto, parecían ahora monótonas ; se habían suspendido hasta su vuelta los bailes y las tertulias, y sólo por las correspondencias que de ella y de sus acompañantes recibíamos, se sabía en México que el viaje de la Emperatriz era una fiesta continuada.

Las cartas particulares de Carlota á Maximiliano, sólo éste las leía ; pero las que venían dirigidas á los ministros y á otras personas de la corte, así como el diario de viaje que el Emperador había ordenado á un empleado del Gabinete que escribiera, yo era quien lo leía á Su Majestad.

Por ese diario, supimos que la Emperatriz había seguido su camino de Sisal para Mérida por tierra, siendo un trayecto interrumpido por las aclamaciones y los festejos que por dondequiera que pasaba la recibían.

En Mérida permaneció la hermosa princesa belga catorce días, en los que se captó no sólo las simpatías, sino el cariño profundo de todas las damas de la alta

sociedad meridana, quienes más bien la veían ya como á una amiga que como á una soberana.

Además del baile oficial, que se le ofreció en el Palacio de Gobierno, le dieron otros los particulares más caracterizados de Mérida y quedó muy complacida de haber asistido á uno del Club del pueblo, donde las mestizas vestían su pintoresco traje regional enteramente desconocido, no sólo para los europeos, sino también para muchos mexicanos. Al día siguiente la Emperatriz envió al Club del pueblo diez relojes de oro, para ser repartidos á los diez obreros más laboriosos que le fueron recomendados por el comisario Imperial y envió también diez broches de oro, con su monograma, que se distribuyeron entre las diez mestizas más honorables y más bellas del Club.

Llegó el día en que la Emperatriz tenía que abandonar la ciudad de Mérida y fué ese verdaderamente un día de luto para las meridanas; tanto cariño y tantas simpatías habíase conquistado en tan poco tiempo y entre aquellos corazones tan leales y tan francos, la hija del Rey de los belgas. No fueron pocos, en verdad, los ojos negros de yucatecas que se llenaron de lágrimas, cuando el carruaje que conducía á Carlota salía de la ciudad, entre los atronadores vivas de la multitud. Prometió volver pronto con su esposo, pero tal vez un presentimiento negro surgido de aquellos corazones les decía de antemano, que jamás volverían á ver ese afable rostro ni á escuchar esa voz armoniosa de la simpática Soberana.

Dirigióse enseguida la Emperatriz á Campeche, pasando por las ruinas de Uxmal. Permaneció en Campeche algunos días, y el diecisiete se embarcó con todo su séquito para llegar á Veracruz el veinte de Diciembre.

De allí, en tren especial se dirigió hasta Paso del Macho, punto terminal entonces del Ferrocarril mexicano y de Paso del Macho, pasó á Orizaba, ciudad siempre fiel, que la recibió nuevamente con aclamaciones y vivas. Siguió para Puebla, y como el Emperador tenía ya oportuna noticia del regreso de su consorte, se encaminó éste hasta San Martín Texmelucan, para darle allí la bienvenida.

Durante el viaje y en las comidas, la Emperatriz hablaba de los buenos recuerdos que traía; todo parecía en efecto hacer creer que ella estaba muy contenta y que sólo su viaje y las buenas impresiones que había tenido en él la preocupaban; pero á nadie se le escapaba que en los momentos que tenía para hablar á solas con el Emperador, trataban muy seriamente de los asuntos de Estado, que desgraciadamente cada día se complicaban más y más.

Como deben suponer mis lectores, la recepción que esta vez se hizo en México á la princesa fué más entusiasta que otras veces, tanto por haber durado su ausencia más tiempo, como por haber hecho un viaje lleno de peligros por el mortífero clima de aquella parte lejana del territorio mexicano, y porque los vientos del Norte en esa época del año hacen peligrosa, como es bien sabido, la navegación por el Golfo de México.

En ese viaje á Yucatán, murieron de vómito dos camaristas del séquito imperial; uno austriaco y el otro mexicano.

CAPÍTULO XIII

El Billar del Emperador. — Paseos y almuerzos en el campo Cuernavaca. — La Casa de Borda. — Muerte del Rey de los belgas. — Luto de la Corte. — Regreso á México.

Disgustado profundamente el Emperador con el clima de México, pues adoraba en extremo la tierra caliente y no pudiendo fijar su residencia en Orizaba por lo lejano de esa localidad, necesitándose entonces dos días para hacer el viaje de ida y otros tantos para el de regreso, decidió trasladarse á Cuernavaca, habiéndose visto en México en la necesidad de poner estufas, tanto en la sala de trabajo, como en la que me servía de despacho.

Encendidas las estufas desde la madrugada, mantenían durante todo el día la atmósfera á la altura de un baño ruso, encontrándose el Emperador muy contento con una temperatura tan elevada, pero teniéndonos á los mexicanos que estábamos con él, asándonos casi.

Conociendo cuánto me contrariaba aquel excesivo calor, no dejaba de reirse de mi contrariedad.